

LOYOLA. HISTORIA Y ARQUITECTURA

José Ramón Eguillor, S.I.
Helmut Hager
Rafael M.^a de Hornedo, S.I.

Dip. Foral de Gipuzkoa. Editorial ETOR Argital-etxea. 1991,
320 págs., il.
ISBN 84-85527-89-5.

RIEV. Revista Internacional de los Estudios Vascos.
Año 41. Tomo XXXVIII. N.º 1 (1993), p. 217-221
ISSN -
Donostia: Eusko Ikaskuntza

He aquí un acontecimiento cultural de máxima importancia: una soberbia edición de un producto de excepcional valor y significación para la historia de la arquitectura sagrada en el País Vasco.

Fruto de una prolongada y rigurosamente científica labor de tres notables especialistas, bajo la supervisión del P. Eguillor que ha sabido dar orden lógico, cohesión y complemento a todo el conjunto, esta obra nos ha sorprendido por la feliz conjugación de factores que cualquier lector de nuestra tierra tendrá que apreciar: el *tema*, el Santuario de Loyola, corazón espiritual de Guipúzcoa y monumento importantísimo en la geografía hispánica; el *contenido*, un estudio exhaustivo sobre la historia, el arte y la arquitectura de Loyola; la *presentación*, una maravilla del arte tipográfico; la *oportunidad*, el coronamiento del V Centenario del nacimiento de San Ignacio.

Dividida la obra en tres partes, la primera —*Temas preliminares*— recoge toda la historia de la Casa-Torre, desde sus orígenes hasta los últimos herederos del mayorazgo, junto con la historia de la fundación del Real Colegio y de su iglesia (hoy basílica). La segunda contiene el *estudio del edificio monumental* (Colegio e Iglesia) desde el punto de vista histórico-artístico y de su construcción. La tercera parte encierra varios *temas complementarios* relacionados con Loyola.

Siendo tres los autores y uno solo el campo material de su tarea investigadora, es obvio que se repitan muchos datos en los diversos capítulos de la obra; pero su lectura no resulta reiterativa y fatigosa, pues cada autor tiene su enfoque particular y da a su materia un tratamiento específico que siempre aporta novedad. Son, pues, estudios que, aun recayendo a veces sobre un mismo punto o momento histórico, resultan complementarios.

En la primera parte, el estudio histórico sobre la casa natal de San Ignacio se debe al P. Eguillor. En él es particularmente nueva e interesante la documentada historia del surgimiento de la devoción a Ignacio de Loyola y la progresiva conversión de su Casa en “santuario” durante los siglos XVI-XVII. Consideramos un acierto la publicación del reportaje gráfico sobre la Santa Casa en su penúltima restauración, es decir, a partir de la remodelación realizada por el gran arquitecto Manuel M.^a Smith (1905-1919), con su gran imaginación creativa y bajo los criterios estéticos “modernistas” de la época. Y, aunque hayamos lamentado el retraso sufrido por la publicación de esta obra, podemos saludar como feliz consecuencia de este retraso el que haya permitido hacer también historia gráfica de la última remodelación realizada por el arquitecto Antton López de Aberásturi en 1989-1991.

El estudio sobre la fundación del Real Colegio e Iglesia se debe al historiador Rafael M.^a de Hornedo. El nos cuenta cómo se fue creando la conciencia de que la Casa-Torre y sus aledaños debían devenir propiedad de la Compañía de Jesús, como consecuencia lógica de

haberse convertido en “santuario” para el pueblo vasco. Hornedo hace la historia de este proceso y expone el problema jurídico que ese traspaso significó, y cómo se resolvió por la intervención de la reina D.^a Mariana de Austria. Seguidamente narra la fundación del Real Colegio. Algunos lectores hallarán excesivamente prolijo, en esta narración, lo referente a la formación del capital fundacional para la construcción del gran edificio; pero juzgamos que este libro debía, en provecho de historiadores y arquitectos, contener toda esa documentación para no tener que rebuscar en artículos monográficos repartidos en revistas más especializadas.

En la segunda parte de la obra, dedicada también al gran conjunto monumental (Colegio e Iglesia), el historiador del arte Hellmut Hager, profesor en la Universidad de Pennsylvania y especialista en Carlo Fontana, hace el análisis del edificio con un minucioso estudio comparativo de otros edificios del célebre discípulo de Bernini y uno de los más ilustres exponentes del barroco romano. Es un capítulo muy rico de documentación gráfica, que será una delicia para los arquitectos e historiadores de la arquitectura.

Hellmut Hager fue quien identificó un diseño de la colección Busiri-Vici como plano de un anteproyecto fontaniano (no el definitivo) del conjunto a realizar en Loyola. Hager examina las coincidencias y diferencias entre el plano descubierto y el edificio real. Son muchos los problemas suscitados y muchas las hipótesis cuya lectura resulta apasionante para todo el que esté interesado por la historia de la arquitectura en nuestro país, sobre todo si concede importancia al hecho de que Guipúzcoa posea el monumento más significativo e influyente del siglo XVIII, a su vez influido por el barroco romano.

Hager va señalando las probables desviaciones que se produjeron sobre los planos de Carlo Fontana, estudia con especial atención la cúpula de Loyola, comparándola con otras del mismo maestro y de otros contemporáneos italianos, autores de edificios de planta centrada. Surgen las cuestiones: ¿Hasta qué punto se respetaron las órdenes emanadas de los Superiores Generales de la Compañía de que los maestros locales fueran absolutamente fieles a los planos de Fontana, y de que se mantuviera exenta la Santa Casa? ¿Cómo interpretaron y cumplieron tales consignas? ¿Ampliaron el cuerpo de la cúpula? ¿Elevaron la altura del tambor? ¿Cómo y por qué convirtieron el paso estrecho de una serie de capillas laterales en una nave anular? ¿Por qué nuestro arquitecto Martín de Zaldúa decidió que se hicieran, en lugar de los patios previstos, dos regias escalinatas?, etc. etc. El estudio de Hager hace admirar el acierto de Fontana en el diseño de la cúpula y en su correspondencia con la escalinata exterior destinada a centrar estéticamente la visión de una cúpula unificadora del conjunto, en contraste, por ejemplo, con el error de Maderno en la basílica de San Pedro donde, a diferencia de los primeros diseños de Bramante y Miguel Ángel de acentuada verticalidad, construyó delante la gran fachada que impide la visión de la cúpula y destruye toda posibilidad de visión unificadora del conjunto.

Es importante, finalmente, que un historiador extranjero como Hager haya valorado con especial encomio el papel de los arquitectos vascos en el conjunto loyoleo, porque “la girola —que era por lo demás ajena a la tradición contemporánea de las rotondas en España— y los otros cambios impuestos en el interior de la iglesia de Loyola, pueden atribuirse, sin temor a equivocarse, a los arquitectos de Loyola, quienes parecen haber estado bien enterados de los progresos realizados en la construcción de las iglesias”.

El análisis, objetivo y comparativo al mismo tiempo, que Hager hace del Real Colegio y de su iglesia como conjunto edilicio se completa con otro, de carácter más histórico, sobre el mismo tema, debido al P. Hornedo, que documenta sobre las etapas de la construcción,

y sobre su financiación. En este capítulo es donde se da cuenta de la famosa “consulta”, tenida en Loyola el 18 de abril de 1720, entre Sebastián de Lecuona (entonces maestro mayor de las obras), Martín de Zaldúa y Joaquín Churruiguera, con el fin de solucionar el problema de los arcos que arrancan de las pilastras de la iglesia. En este asunto Hornedo se limita a seguir los resultados de la investigación de Eguillor ya publicados. El mismo Eguillor da conclusión a esta parte con un estudio histórico sobre la familia de los *Ibero*, y seguidamente con una lectura *de*/templo ignaciano, descripción iconográfica de toda la decoración figurativa que ofrece el templo, estudio especialmente oportuno en esta época en que los historiadores del arte dan tanta importancia al “enfoque iconológico” de la historia del arte.

La tercera parte presenta como complementarios tres estudios de carácter exclusivamente histórico, debidos al infatigable y meritisimo archivero de Loyola, José Ramón Eguillor: Sobre las intermitentes estancias de los Jesuitas en Loyola, sobre la propiedad jurídica de todo el complejo, y sobre su terminación, es decir, sobre la construcción del ala izquierda que, inconclusa en el momento de la expulsión de los Jesuitas de España en 1767, no se terminó hasta 1880.

Con muy buen acuerdo, el P. Eguillor publica como informe complementario el *Proyecto de ordenación del área del Santuario* del arquitecto José Ignacio Linazasoro. Era de justicia, con motivo de esta importante y en cierto modo definitiva publicación sobre Loyola, más que dedicar un recuerdo, levantar acta de la meritísima labor realizada por los arquitectos J. Ignacio Linazasoro e Iñaki Galarraga que, con motivo de la anunciada visita del Papa a Loyola, fueron comisionados en 1982 para idear una remodelación de todo el área. A ellos se les debe las dos lonjas o antepuertas situadas a cada lado de la escalinata exterior. Los arquitectos contratados por la Diputación Foral de Guipúzcoa en 1989 para la definitiva remodelación de la zona han dado una solución diferente a la ideada por Linazasoro quien, sobre datos suficientemente positivos extraídos de la historia de la arquitectura, proponía una fórmula de plaza pétrea alejando la zona ajardinada. Se diría que, en la dialéctica estructura-naturaleza que debe conjurar toda arquitectura urbanística, la propuesta de Linazasoro se dejaba orientar rigurosamente por el primer término, mientras que los realizadores definitivos han decidido dar preferencia al elemento *naturaleza*. No tiene mucho sentido expresar aquí nuestra preferencia personal por una u otra solución, pues, además, de que ambas están justificadas por la diferencia de dos enfoques legítimos, un proyecto no realizado siempre juega con desventaja ante la comparación con la realidad de un espectáculo directa y habitualmente visualizado. En todo caso, nos interesa dejar aquí constancia del fervor y profesionalidad con que el proyecto de remodelación de Loyola fue asumido por el equipo de Linazasoro-Galarraga y del indiscutible valor de lo realizado por ellos.

El libro termina con la transcripción de 18 documentos del Archivo Histórico de Loyola, más un *apéndice fotográfico*. Este detalle nos invita a recordar de nuevo la espléndida presentación de toda la obra desde el punto de vista visual. No es frecuente que una obra repleta de tanta y tan rigurosa investigación científica se presente con tal lujo fotográfico: 117 reproducciones a todo color, algunas de ellas cubriendo doble página o página entera; más otras 115 fotos en negro con algunos planos y dibujos.

Pensamos que esta obra, que debe estar en las bibliotecas de todos los arquitectos vascos, según se vaya conociendo, terminará también en los anaqueles de los bibliófilos, y especialmente de los guipuzcoanos amantes del arte, de la historia y de la religión del País Vasco.

Juan Plazaola, S.J.